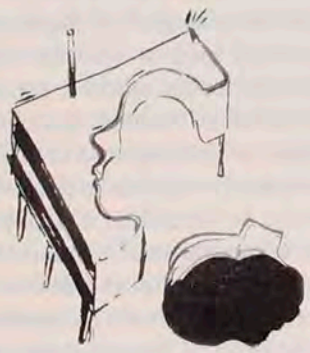
ocupan la primera porción del talud continental (300-500 m de profundidad) de nuestro mar septentrional. La obra está dividida en Resumen y Abstract (páginas 19-20); Introducción (páginas 20-21); Área de estudio (páginas 21-26); Metodología (páginas 27-28); Lista de las especies colectadas (páginas 28-31); Orden decapoda (páginas 31-242); Bibliografía (páginas 243-263); tres anexos (páginas 265-269) e Índice de nombres científicos (páginas 270-272); además está profusamente ilustrada por 207 figuras, más un anexo con tres láminas en color con 16 figuras adicionales. En total, 103 especies son presentadas en el volumen, entre ellas camarones (29), langostas (siete) y cangrejos (67, 31 de ellos ermitaños o sus parientes cercanos y 36 cangrejos convencionales). Se destaca en este trabajo que el 39% de las especies se registran por vez primera para nuestras aguas territoriales, entre ellas cuatro que no habían sido halladas antes en todo el mar Caribe.



La enorme labor de campo y de laboratorio que permitió la escritura de estas obras está acompañada de un ingente acopio de la literatura científica apropiada. Así, la obra de Martha Campos se basa en 179 referencias, mientras que la de Néstor Campos y su equipo cuenta 375 citas bibliográficas. Pocos errores pudieron ser detectados en estos volúmenes sobre nuestros crustáceos. El trabajo de la profesora Campos se hubiese beneficiado de un Resumen, más si se considera que no está escrito en español. Campos y colaboradores, por su parte, usan el nombre *curaçoensis* para una especie de *Pagurus*, pero el Código Internacional de Nomenclatura Zoológica no permite el uso de marcas diacríticas en los nombre científicos; por ello el nombre correcto de esta especie es *Pagurus curacoensis*. Además, la especie *Munida flinti* es la única de la que no se presenta algún comentario, por lo cual debió de tratarse de una omisión de edición.

Cuando se examinan detenidamente las contribuciones de nuestros científicos al conocimiento de la biodiversidad colombiana, sólo podemos quitarnos el sombrero. Viene a la mente la idea de todo lo que se podría hacer para que esa riqueza inconmensurable sea no sólo conocida sino utilizada, pero no como exige el esquema de desarrollo que nos rige, talando y saqueando, sino manejando, buscando y aprovechando toda la socioeconómicamente valiosa información que la biodiversidad incluye. ¿Cuándo llegará, por fin, para Colombia el tiempo de apoyar a los intelectuales y científicos, que con sacrificio y sin recursos han producido conocimiento y continuarán haciéndolo, y no a los bárbaros que a sangre y fuego se apoderaron de bienes y almas?

ARTURO ACERO P.

La ciencia que más cambia su ortodoxia

La universidad bogotana y la enseñanza de la medicina en el siglo XIX
Edwin Hernández Hernández y Patricia Pecha Quimbay
Círculo de Lectura Alternativa, Bogotá, 2003, 184 págs., il.

La formación de la tradición científica en América Latina, pocas veces se estudia como una forma de producción cultural. Los modelos heurísticos tienden a ser de imitación y de difusión al reproducir actividades europeas o de los Estados Unidos en un medio ambiente exótico o, en el peor de los casos, no científico. Sin embargo, Diana Obregón plantea que existe un virtual consenso entre los estudiosos, en cuanto a la necesidad de superar el paradigma difusionista y reemplazarlo por un examen más sofisticado de las particulares circunstancias sociales y culturales de América Latina (Obregón, 2002, pág. 32).

El objetivo del libro que nos ocupa es una historia de la enseñanza de la medicina en el siglo XIX, en la Universidad Nacional de Bogotá. Cada uno de los siete capítulos demuestra los principales cambios estructurales, según los autores, que se dieron en el ámbito político y social y, a su vez, determinaron el destino, la organización y los alcances de la instrucción pública universitaria y la enseñanza de la medicina en el siglo XIX.

La publicación examina el inicio del médico como un profesional a partir de las posibilidades concretas de la utilización del conocimiento y de las funciones de la medicina, teniendo en cuenta la organización del Estado-nación y las transformaciones económicas y políticas de la sociedad. Los médicos a partir del siglo XIX configuraron su espacio social como profesionales: i) demostrando sus habilidades y técnicas de la salud ante la sensible falta de asistencia social a las enfermedades y las epidemias; ii) asegurando, a su vez, la reproducción y el futuro profesional del grupo; y iii) articulando un discurso que justificara y legitimara el desarrollo de la medicina en la sociedad colombiana, al establecer su saber como poder. Christopher Abel advierte que estos movimientos se complementaron con esfuerzos para rechazar y suprimir el trabajo de los curanderos populares y golpearon el núcleo de la cultura popular, mulata y mestiza, violando los valores comunales de los habitantes afrocolombianos y amerindios (Abel, 1996, págs. 43-44). Frank Safford afirma, igualmente, que uno de los objetivos explícitos de las

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

elites blancas de Colombia durante el siglo XIX fue formar una sociedad homogénea (Safford, 1991, págs. 1-33). En resumen, buscaron conscientemente organizar el saber médico, jerarquizarlo, hacerlo asunto del Estado-nación recién fundado y de un estatus económico y social legitimado culturalmente.

Metodológicamente, el libro es el resultado de la catalogación e indización de la documentación histórica de la facultad de medicina de la Universidad Nacional de Colombia. Los autores señalan que "el siglo XIX implicó la derrota de la medicina popular practicada por cirujanos sangradores, barberos, parteras y seudomédicos, debido a la aparición de una medicina científica, basada en la transmisión académica de conocimientos teóricos y experiencias prácticas a nuevas generaciones de doctores mediante la utilización de metodologías de enseñanza eficientes, la aparición de publicaciones que difundían el conocimiento y avances médicos y la apropiación de un reconocimiento social de la medicina científica que permitió una organización más o menos eficiente de la enseñanza a finales del siglo XIX" (pág. 15).

El libro está constituido por una presentación del médico Álvaro Rodríguez Gama, director de la Revista de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Colombia; una introducción de los autores, siete capítulos, un epílogo que plantea "La situación universitaria después de la guerra: 1903-1905", y la bibliografía consultada. Además, el texto está ilustrado por facsímiles de los documentos del archivo de la Facultad de Medicina de Bogotá.

"El escenario médico bogotano estaba regido por el Protomedicato, un tribunal colonial de origen español que, aparentemente, ejercía el control y reconocía la suficiencia de los pocos médicos, pero sobre todo a los prolíficos curanderos, concediéndoles las licencias necesarias para el ejercicio popular de las ciencias médicas" (pág. 21). Los autores señalan que, a comienzos del siglo XIX, las características de la medicina tradicional colonial no se habían modificado sustancialmente. Así, el Protomedicato estaba constituido por unos pocos facultativos encargados de regular el ejercicio de la medicina, sin presupuesto para realizar investigaciones o autoridad para decidir acciones durante los brotes de epidemias. Paradójicamente, en febrero de 2004, se volvió a presentar la misma falta de previsión ante los brotes de fiebre amarilla en los entornos de la Sierra Nevada de Santa Marta, obviamente por las precarias condiciones de salubridad en la región, poca atención a la dimensión comunitaria de la salud y ningún interés por la educación de la población en salud. "En Santafé de Bogotá el hospital de caridad estaba bajo la administración de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios. Esto puede explicar el hecho de que hacia 1800 el sacerdote Miguel de Isla, religioso de esta congregación, solicitara permiso de la Corte Real para recibir el grado de Doctor en Medicina de la Universidad Tomística, argumentando la falta de médicos y curanderos tolerados en la capital, donde el botánico y religioso José Celestino Mutis era considerado el médico más reconocido por la sociedad santafereña" (pág. 21).

Los autores indican que, mediante la ley 66 del Congreso, del mes de septiembre de 1867, se organiza la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia, que incorporó las dependencias del Instituto de Ciencias y Arte, la Escuela Privada de Medicina, el Colegio de San Bartolomé y parte del Hospital San Juan de Dios. Y agregan que sus instalaciones funcionarían en los conventos extinguidos de Santa Inés, del Carmen y la Candelaria, y su fin sería la enseñanza gratuita a todos los que la solicitaran, basándose en la concepción de "escuela de método" o sistema metódico de enseñanza. Era notoria la predilección por los estudios médicos, "ya que de los 132 estudiantes de la Universidad en 1870, cincuenta y uno eran de la Escuela de Medicina, es decir, el 38% de los estudiantes" (pág. 84).

En 1873 se funda la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales, antecedente originario de la Academia Nacional de Medicina, que, según los autores, fue por muchos decenios una entidad consultora de los gobiernos colombianos en materia de salud. Esta sociedad publicó la Revista Médica de Bogotá, como un instrumento de difusión del conocimiento médico, en la que se publicaron informes científicos y observaciones de los facultativos locales y extranjeros. La revista saldría por lo menos una vez al mes o antes, a juicio de su redactor; la publicación fue seriada y cada serie constaría de doce números.

Las nuevas metodologías en la enseñanza médica estaban relacionadas, según los autores, con la influencia de los médicos formados en Europa que propiciaron cambios en la estructura curricular del Plan de Estudio de Medicina. Así los profesores comenzaron a introducir reformas en las metodologías de enseñanza y en el seguimiento de teorías más acordes con la real situación de la medicina colombiana. Debido a esta responsabilidad científica, se dieron en consecuencia importantes estudios sobre la elefantiasis y la lepra de los griegos, realizados por los catedráticos más influyentes y reconocidos de la Escuela. Estos trabajos tuvieron gran difusión en todo el ámbito científico bogotano, teniendo en cuenta que algunas de estas investigaciones se publicaron en la Gaceta Médica, y muchos otros estudios "fueron aplicados directamente en los lazaretos de leprosos para sus observaciones clínicas". A lo largo del siglo XIX, según el tex-

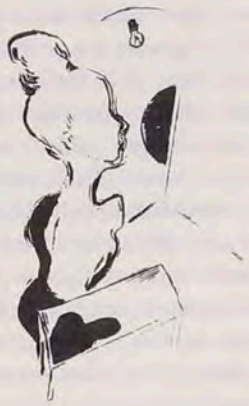
Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

to, Colombia sufrió las consecuencias nefastas de la viruela, agente reductor de la salud de la población bogotana. La presencia de la viruela causaba pánico entre los habitantes de la capital, por "las cicatrices que dejaba en el rostro y en las manos de los infectados que, a la par de la ceguera que causaba entre los más débiles, muchas veces conducía a la mendicidad debido a las secuelas y exclusión sociales que venían con su presencia y, en la mayoría de veces, a la muerte" (pág. 127).

El gobierno de Cundinamarca decretó el 23 de diciembre de 1899 la ocupación militar del edificio de la facultad de ciencias naturales y medicina por motivos especiales de orden público; así el antiguo convento de Santa Inés se convirtió en un cuartel policial destinado a la reclusión de los presos políticos, desplazando drásticamente todo vestigio de universidad. Esta acción provocó, anotan los autores, el desmantelamiento de laboratorios, el deterioro del edificio por la presencia de contingentes bélicos. En estas circunstancias, el consejo directivo de la facultad, "reunido con las comisiones de la Academia Nacional de Medicina y de la Junta Central de Higiene, reiterará, en 1902, la solicitud al Gobierno de reparar el local de la Quinta de Segovia para restablecer allí la Facultad con sus anfiteatros y laboratorios" (pág. 158).

Para Edwin Hernández y Patricia Pecha, como era de esperar, debido a la aglomeración de enfermos y al hacinamiento de los estudiantes en las pocas piezas del convento de Santa Inés, habilitadas para el estudio, comenzaron a presentarse problemas de "desaseo propiciado por asistentes y enfermos del hospital quienes lavan ropa en los anfiteatros y arrojan desde los corredores altos al patio de la Facultad, ropa con piojos, sombreros viejos, alpargatas y toda clase de basura". El consejo directivo de la facultad determinó entonces la interrupción de la clase de clínicas en el hospital, por el alto riesgo de contagio, debido a las enfermedades propias de la guerra, como fiebres, tifo, disentería y epidemias coléricas, iniciando así, según los autores, la suspensión definitiva de las clases en la facultad.

En mi opinión, la historia de la ciencia en Colombia, como una expresión de la producción cultural, política y económica de la sociedad, no ha sido abordada ampliamente por los especialistas. No obstante, existen los notables trabajos de Diana Obregón y Mauricio Nieto, entre otros, cuyas tesis doctorales permiten hacerse una idea del camino que falta por recorrer en la conversión de la medicina de un oficio en una profesión. Una de las carencias del trabajo que reseñamos es que no consultó estos importantes trabajos de autores colombianos, como tampoco la bibliografía existente en otros países de América Latina: los trabajos de Marcos Cueto, Manuel E. Contreras, Yajaira Freites, Hebe Vessuri, entre otros autores.



Creo que se puede decir, por ejemplo, que a comienzos del siglo XX Colombia optó por un proceso de modernidad y que conscientemente no enfrentó su diversidad geográfica, política, étnica y cultural a través del desarrollo y consolidación del ejercicio de la profesión médica, y que los mecanismos de exclusión, monopolización y control fueron desarrollados en el siglo XIX, así como una relación pasiva con la ciencia y el conocimiento internacional.

ALEXANDER CIFUENTES
Profesor titular, Universidad Distrital
Grupo de investigación:
Interculturalidad, ciencia y tecnología

Bibliografía consultada

ABEL, Christopher, *Ensayo de historia de la salud en Colombia, 1920-1990*, Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional, Cerec, 1996.

CUETO, Marcos (comp.), *Salud, cultura y sociedad en América Latina. Nuevas perspectivas históricas*, Perú, Organización Panamericana de la Salud, Instituto de Estudios Peruanos, 1996.

NIETO OLARTE, Mauricio, *Remedios para el Imperio. Historia natural y la apropiación del Nuevo Mundo*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2000.

OBREGÓN TORRES, Diana, *Batalla contra la lepra: Estado, medicina y ciencia en Colombia*, Bogotá, Banco de la República, Fondo Editorial Universidad Eafit, 2002.

SAFFORD, Frank, "Race, Integration and Progress: Elite Attitudes and the Indian in Colombia", en Hispanic American Historical Review, vol. 71, núm. 1, 1991.

Sólo faltan los aromas

À la carte
María Villegas
Villegas Editores, Bogotá, 2002, 230 págs., il.

1. Adobar para empezar

El tema de la cocina en la industria editorial colombiana comienza a hacer hervores a mediados del siglo XIX, pero realmente sólo toma punto de caramelo hacia la década de los años ochenta del siglo pasado. En el libro de Aída Martínez Carreño titulado *Mesa y cocina en el siglo XIX*, la autora, en el capítulo VII, "Recetarios y recetas", sostiene que el primer recetario impreso en el país aparece publicado en Bogotá en 1853 por la imprenta de Nicolás

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.